EL MAL MÁS GRAVE

POR

MIGUEL DE UNAMUNO

CASA MUSEO UNAMUNO

("España", Madrid 23 diciembre 1922)

Al buen amigo «Azorín»

¿Se acuerda usted, mi querido amigo, dónde y cuándo nos vimos y hablamos la última vez? Fué en el Paseo de la Castellana, de esa villa y corte, yendo yo a casa del conde de Romanones. Por cierto que usted quiso acompañarme allá y le dí a entender que la cita era de reserva. Iba a concertar la forma de acudir a la llamada a Palacio. Y sé que de esta tan precipitadamente comentada visita dijo usted que era una de mis paradojas.

¿Paradoja? Dado el valor originario que a este término le damos los que sabemos griego, puede ser. Y paradoja en que, dándose las mismas circunstancias—lo que ya no es fácil—,volvería a incurrir. Aunque sólo fuese para oir que hay que exigir por el desastre todas las responsabilidades y a todos, incluso al que lo decía, y poder repetirlo al público.

Aquello fué una paradoja, pero no sé si calificar así el que usted, amigo mío, exalte de vez en cuando a Cierva. Eso lo debe usted dejar para el *A B C*, órgano de la aviesa ramplonería conservadora. ¡Ah! ¿Que usted escribe en él? No le he de hacer por ello ningún reproche si en el terreno que allí le acotan le dejan libertad. Nunca se me ha de ocurrir decir lo que de usted, cuando escribió en ese mismo *A B C* unos artículos en elogio de los Estados Unidos de la América del Norte dijo un altísimo personaje y fué: «¿Cuánto le darán a *Azorín* los norteamericanos por estos artículos?» Sin duda ese personaje—no persona—no está hecho a que le defiendan sino por salario y cree que todos somos alabarderos. ¡Pobre señor! ¡No, no le haré un roproche porque se haya refugiado en un coto del órgano de la aviesa ramplonería conservadora, pero eso de la Cierva...!

Recuerde lo que Valle-Inclán le dijo al salir de una visita a ese sujeto, a que usted le llevó. «A lo sumo una mula del Renacimiento.» ¡Y ni eso! Usted pertenece, y hasta creo que preside la asociación P. E. N. creada por nuestro admirable Ramón. Y estará conforme conmigo en que uno de los primeros cuidados de esa asociación debe ser el oponerse a la inundación de la ramplonería, de la dementalidad, de la memez, de la degeneración intelectual. Y ese cómico Sansón agonista—no el que cantó Milton ¡claro!—está ramplonizando y amajaderando a España, está siendo el núcleo de concentración de los majaderos.

Nuestro buen amigo Grandmontagne tenía hace unos años la manía—que no sé si la sigue—de ver aquí, en España, cucos en dondequiera y de denunciar la cuquería. Yo no acierto a verlos. Debajo de los más que por cucos o hábiles pasan veo un memo o un majadero. La cuquería es un disfraz de la mentecatez. Se me está desarrollando aquella terrible facultad de que habla nuestro tan admirado Flaubert, creo que en su «Buovard y Pécuchet», tristísimo libro que usted ha estudiado tanto.

¿No cree usted, mi buen amigo, que debemos formar una falange contra los avances y ataques de la tontería sobreexcitada, de la ramplonería agresiva, de la brutalidad mental? Cuyo lema podría muy bien ser aquella sentencia de su Cierva: «De aquí a cien años todos calvos.»

¡Ay, amigo *Azorín,* qué pena me da verle encadenado a sus desilusiones! Porque no puedo creer que sienta usted ya ninguna ilusión por sus ídolos de un tiempo ni menos por el mayor celestino del que se preguntaba cuánto le darían a usted los norte-americanos por aquellos artículos del *A B C.*

¿Que se retire usted de la política? No, eso no se lo aconsejaré yo nunca y menos a nombre de esa quisicosa que llaman la aristocracia intelectual. No sé si el amigo Pepe Ortega Gasset se lo aconsejaría, recomendándole el primor de hacer estilo y educar así al pueblo hasta políticamente. Yo le aconsejaría más bien que se echase a la plaza, o echase a la plaza su pluma, a gritar y aun tronar—la pluma grita y truena—contra la ramplonería y la mentecatez y la brutalidad y la grosería intelectuales. Que así como se disfrazan de cuquería suelen disfrazarse también de aristocracia.

Ese pleito de la responsabilidad—más que de las responsabilidades—de la responsabilidad del irresponsable—¡otra paradoja!—me acongoja menos que esto de la terrible ramplonería. Ni la tiranía, ni la cobardía, ni el despotismo siquiera me sobrecogen tanto como esa densísima niebla de estupidez que los conservadores han hecho caer sobre España. El *svergognatamente triviali* que les aplicó Carducci me parece poco. La conservaduría española representa la más profunda degradación de la inteligencia. Y este es el peligro. Porque no hay tonto bueno, aunque se disfrace de listo. O San Luis Gonzaga no fué santo, o no fué como nos lo representan los jesuítas españoles.

No sabe usted bien, mi querido amigo, lo que esto va entenebreciendo estos años, acaso los últimos, de mi vida plenamente consciente. La estupidez ambiente que corroe a esta España de las Tras-Regencia me quita toda esperanza de ver salir el sol de la justicia. Para cohonestar el régimen de injusticia y arbitrariedad despóticas no oigo sofismas sutiles o ingeniosos; no oigo sino sandeces tradicionales. Frente a las paradojas no oigo sino majaderías. Y hay hasta el Sansón de ellas.

VNiVERSiDAD DE SALAMANCA
GREDOS.USAL.ES